

Manuel TITOS

Rodríguez Acosta, banqueros granadinos, 1831-1946

Madrid, Editorial LID, 2004, 488 pp.

Este libro, que mereció el VI Premio LID de Historia Empresarial, es una exposición pormenorizada de los negocios desarrollados por la casa de banca granadina de la familia Rodríguez Acosta, y de las dedicaciones políticas de algunos miembros de la misma. Está estructurado en once capítulos, dos introductorios, dedicados a los que el autor llama banqueros privados y a su presencia en Granada, y los nueve restantes a las distintas fases por las que pasó la casa de banca Rodríguez Acosta entre 1831, fecha que se estima como de iniciación en los negocios bancarios, y 1946, en que fue absorbida por el Banco Central.

Abre el volumen Gabriel Tortella, con un prólogo en el que destaca el “gran valor representativo” de la casa Rodríguez Acosta, aunque después, tras hacer una síntesis de la historia de la banca española moderna, matiza aquél reduciéndolo a un valor “más bien cualitativo”, reducción que hace extensiva a las casas de banca españolas en su conjunto, reafirmándose en su tradicional e inamovible posicionamiento.

Los capítulos 1 y 2 son, como decimos, de tipo teórico o introductorio. En el primero se hace un recorrido por las diferentes aportaciones propias y ajena sobre el tema de la mediación bancaria (alguna de ellas, como la tipología de los comerciantes banqueros, debería haber sido entrecerrillada por ser cita textual), tras las que se concluye que su importancia, “al menos desde el punto de vista del número de empresas, queda de manifiesto”. En el segundo capítulo se hace un censo de banqueros granadinos, de los que el autor destaca su debilidad, forzada por la “existencia de una banca potente y activa” como fue la de Rodríguez Acosta; también se ocupa de las “agencias de negocios”, de las que dice que “desarrollaron una función muy cercana, cuando no idéntica a la de los banqueros” (aunque alguna diferencia significativa debió de haber cuando el autor reconoce que recibieron “duras críticas del pueblo y de la prensa”).

El cuerpo central del trabajo se estructura de forma clara y precisa, correspondiendo cada capítulo a las diferentes denominaciones que la casa fue adquiriendo. Con esta periodificación, se analiza la evolución de los negocios bancarios (y otros, azucareros, mineros, inmobiliarios, de riego,...) y, al mismo tiempo, se hace referencia a otras dedicaciones de algunos miembros de la familia, especialmente la participación en la vida política. Aquí nos ocuparemos sólo de lo primero, por entender que es lo relevante en la línea de contenidos de *Investigaciones de Historia Económica*, y agruparemos los diferentes capítulos en tres grandes etapas, establecidas en función de las circunstancias internas y externas de la casa de banca.

La primera etapa la haremos terminar en 1887, fecha en que la casa de banca cierra tras el conflicto de El Salar (una operación financiera con pacto de retro-venta que deriva en pleitos, disturbios y hasta muertes). Incluye esta etapa los primeros años de los que se tienen datos contables (1858-1872) y los años del “auténtico despegue de la banca Rodríguez Acosta”, (1873-1887). Lamentablemente, faltan datos para tener un conocimiento más preciso de los negocios bancarios de la casa en este tiempo: en los balances no se separan las cuentas de clientes de las de los corresponsales, con lo que no es posible conocer con exactitud la cuantía de los préstamos ni de los depósitos; se da cuenta de una emisión de billetes, pero no se sabe en qué medida circularon al desconocerse la cifra del encaje; se identifica el descuento comercial con el saldo de Efectos a Cobrar, pero no se dice cuántos de esos efectos procedían del descuento a clientes y cuántos de remesas de corresponsales (que debían de ser muchos, dada la importancia que el autor les asigna). A partir de 1873 los balances ganan en claridad, pero se mantienen interrogantes, como cuando se dice que en el período 1873-1887 “el capital aumentó de 4,6 a 32,1 millones de reales, lo que es un buen dato para evaluar los resultados de la actividad financiera de la casa”, y sin embargo los resultados que se reflejan en los balances son en su mayor parte negativos (con lo que los aumentos de capital no parecen llegar a consecuencia de la actividad financiera). Es ésta, por tanto, una etapa poco clara desde el punto de vista del reflejo contable, con un brusco salto en 1880-81 debido, según se dice, a carencias o deficiencias del Archivo, ya que “en los balances anteriores a esa fecha faltan partidas que no se hallan en los libros de contabilidad conservados”, y a que la cuenta de resultados “sigue siendo tan poco fiable como para la etapa anterior”, afirmaciones sorprendentes tratándose de libros de cuentas que se supone seguirían la Partida Doble. Mejor tratamiento tiene el contencioso de El Salar, del que hay un seguimiento tan pormenorizado como documentado.

Una segunda etapa —con toda probabilidad la más relevante— podría abarcar desde el desenlace del conflicto de El Salar (1887) hasta 1910, y correspondería a los años de mayor desarrollo del negocio bancario. Desde la primera fecha y hasta 1894, se dice que la casa de banca estuvo cerrada al público, pero debió de haber sido un cierre sólo parcial según se ve en los balances, ya que éstos siguieron mostrando deudores por préstamos y acreedores por cuentas corrientes (se supone que serían de clientes y de corresponsales) y, además, en la cuenta de resultados aparecen cantidades percibidas por intereses de descuentos y préstamos. Los años posteriores a 1894 registran un apreciable crecimiento del negocio bancario (a juzgar por los intereses cobrados por descuentos y préstamos), que conducen a la consolidación de esta casa de banca, que pasa por su mejor momento. Los balances presentan una configuración más completa y convencional, aunque subsisten algunas anomalías desconcertantes que deberían haber sido resueltas para permitir un correcto análisis. Una de ellas es la persistencia de la mezcla de las cuentas corrientes de clientes con las de

correspondentes, que no se separan convenientemente en los balances hasta 1905. Otra, de mayor duración pues persiste hasta 1940, es la presencia en los balances de dos cuentas de resultados, ninguna de las cuales es la “auténtica” de Pérdidas y Ganancias que, sorprendentemente, aparece reflejada con todo detalle (y con distinto saldo) en cuadros aparte. Es chocante que a estos estados de Pérdidas y Ganancias (disponibles desde 1886), verdadera clave de los negocios de cualquier empresa, no se les haya sacado más partido, porque contienen la mejor información —desde luego mejor que otros cuadros que poco aportan— para explicar el negocio bancario de la casa, ya que de ellos se pueden deducir las operaciones que realizaba, los beneficios que de ellas obtenía, y los costos que la actividad generaba —por ejemplo, una de esas operaciones, de la que nada se dice en el texto, es la compraventa de valores por cuenta ajena y su custodia, que sólo se cita con ocasión de la absorción en 1946—. Siguiendo con la historia de la casa, entre 1905 y 1910 se consolidan sus negocios bancarios, con un fuerte crecimiento de las operaciones de Activo; no obstante, más de la mitad de los beneficios proceden de los rendimientos de la cartera de valores, signo que caracteriza a esta casa, puesto que “vocacionalmente los Rodríguez Acosta se orientan más a la actividad bursátil que a la prestamista”.

Termina en 1910 la etapa más brillante de la casa, para abrirse la correspondiente a un cierto declive: sus negocios bancarios se redujeron entre 1912 y 1930, decayendo también los rendimientos de los valores (excepto en 1918 y 1919, cuando aumentan sensiblemente por compras de Deuda Perpetua Interior). Y llegan los años finales: de 1931 a 1938 hay un cierto estancamiento, apareciendo los números rojos en 1931, 1937 y 1938; sigue un fuerte incremento de las cuentas acreedoras de clientes en 1939, y se vuelve a entrar en beneficios crecientes entre 1940 y 1946, con cifras entre el 6,5 y el 11,9 por 100 sobre los recursos propios. Finalmente el Banco Central (a cuya fundación en 1919 contribuyó la casa Rodríguez Acosta), absorbe la casa de banca granadina en 1946, en el marco de la política de absorciones a que se vieron obligados los bancos para crecer en el contexto del *statu quo* bancario. Tras la absorción, la casa Rodríguez Acosta “continuó trabajando en el negocio financiero, principalmente en la inversión bursátil” y, años más tarde, en 1963, tuvo una “presencia fundamental en la creación del Banco de Granada”, cuyo primer Consejo de Administración presidió un miembro de la familia.

Concluyendo, es este un libro que tiene detrás un formidable esfuerzo de recogida de datos, que ha permitido describir con detalle la larga evolución de una casa de banca, junto con los vínculos familiares que la sostuvieron y la trayectoria política de algunos de sus miembros. Quizá como consecuencia de ese esfuerzo, que llevó al autor a querer reflejar “toda” la información obtenida, se incluyen cuadros y relaciones que aportan bien poco al análisis económico de la casa, obviando en cambio algunas disecciones que hubieran permitido conocer mejor las operaciones “de banca”, verdadero núcleo de la entidad. Ya se ha hecho alusión a la opacidad de

algunas partidas de los balances y a las contradicciones de las cuentas de resultados, que han impedido un análisis más preciso, lo que lleva a reconocer la importancia de disponer de conocimientos de técnica contable que, si son necesarios para interpretar los balances, lo son más aún para confeccionarlos, cuestión fundamental si se quiere hacer historia empresarial más allá de recomponer las biografías de sus titulares.

Con esta publicación, Manuel Titos, que cuenta con una larga trayectoria de publicaciones sobre temas en torno a la actividad bancaria, demuestra que la casa de banca Rodríguez Acosta desempeñó en Granada, durante el siglo XIX y parte del XX, una importante función de mediación bancaria. Y esa importancia no fue sólo cualitativa, sino también cuantitativa, como se deduce de la afortunada comparación que el autor establece con la sucursal del Banco de España en Granada y con el total de la banca privada en Andalucía. Con ello, Titos aporta una muestra más, y muy significativa, de la relevancia de las casas de banca en el sistema bancario español de la época.

José Ramón García López
Universidad de Oviedo